

## CAPÍTULO XXVIII

(1522 — 1540)

Empresas marítimas de Hernán Cortés. — Primeros preparativos. — Incendio de las primeras naves antes de salir del puerto. — Expedición de Alvaro de Saavedra Zerón á las Molucas. — Viaje de Diego Hurtado de Mendoza á las costas del mar del Sur. — Descubrimientos hechos por Hurtado. — Naufragio y muerte de Hurtado de Mendoza. — Nuño de Guzmán aprehende á los soldados de Cortés que salvaron en aquella expedición. — Apodérase también de un navío y de las armas que llevaba. — Expedición de Diego de Becerra y de Hernando de Grijalva. — Grijalva se extravía de la capitana, llega hasta los 20° 20' y vuelve á Acapulco. — Recorre la costa hasta Tehuantepec y regresa otra vez á Acapulco. — Sublévanse los de Becerra y le matan. — Continúan el viaje y mueren la mayor parte á manos de los indios en California. — Apodérase Nuño de Guzmán de otro navío de esta expedición. — Determina Cortés ir personalmente á rescatar sus buques y continuar los descubrimientos. — Hace el camino por tierra hasta el puerto de Chametla, en donde encuentra á su armada. — Diferencias entre Cortés y Nuño de Guzmán. — Embárcase Cortés en Chametla y llega á California. — Grandes dificultades que encuentran allí para poblar. — Se embarca para ir en busca de víveres para la colonia. — Decídese á regresar á Nueva España. — Su llegada á Acapulco. — Manda unos navíos al Perú en auxilio de Francisco Pizarro. — El virey Mendoza determina hacer la conquista de la nueva tierra de Cibola y Quibiria. — Relación presentada por fray Marcos de Niza acerca de Cibola y de las siete grandes ciudades. — Nombra Mendoza á Francisco Vázquez de Coronado jefe de la expedición que marcha á Cibola. — Cortés pretende pertenecerle aquella conquista. — Niégaselo el virey. — Cortés hace salir una expedición por mar á las órdenes de Francisco de Ulloa. — Llega Vázquez de Coronado á Compostela. — Acompáñale hasta allí el virey. — Llega la expedición á Cibola. — Siguen su marcha y descubren á Quibiria. — Resulta ser falso todo cuanto sobre aquellas tierras se había dicho. — Vuélvese Coronado á la Nueva Galicia. — Quédase en aquellas tierras fray Juan de Padilla y muere á manos de los indios. — Viaje de Ulloa con dos naves. — Una regresa á Nueva España. — Piérdese la otra. — Mendoza envía á Hernando de Alarcón como socorro de la expedición de Coronado. — Disgústase Cortés por haberse negado conquistar la tierra nueva y se embarca para España.

Durante el gobierno de don Antonio de Mendoza despachó Cortés la última expedición marítima en busca de nuevas tierras por la mar del Sur, é hizo el postrer esfuerzo para tomar parte en el descubrimiento y conquista de las fabulosas ciudades de Cibola y Quibiria.

Ninguno con más constancia, con más atrevimiento ni con mayores gastos trabajó por encontrar al través del continente americano el paso entre los dos océanos, y por el mar del Sur nuevas tierras, islas ó continentes que someter á la corona de España: en su incansable empeño por extender los límites del imperio de Carlos V, el conquistador de México llegó á soñar en la conquista de China y en establecer allí una colonia semejante á la que formándose estaba en la Nueva España.

En el año de 1522 comenzó Cortés á preparar los navíos que debían emprender el viaje por el mar del Sur, ya en busca del paso entre los mares, ya en demanda de la fantástica isla de la Especiería, dorado ensueño de los reyes y los marinos españoles ó portugueses.

Comenzaron los preparativos para la construcción de los navíos primero en el puerto de Zacatula y á poco en el de Tehuantepec. Trabajóse con gran actividad

conduciéndose en hombros de indios jarcia, clavazón, velamen y todo lo necesario para las embarcaciones, desde Veracruz hasta Zacatula ó Tehuantepec, con lo que se causaba gran perjuicio á los naturales, porque la fatiga y el cansancio de un camino tan largo y tan accidentado, y el cambio de climas tan rápido como extremoso produjo grandes mortandades.

Cortés fundaba grandes esperanzas en esas naves, de las cuales dos eran carabelas para salir á descubrimientos por alta mar y dos bergantines para seguir las costas y reconocerlas.

Dispuesto ya todo para darse á la vela en Zacatula, un incendio acabó con la escuadrilla y con los almacenes; pero no con la constancia y energía de Cortés<sup>1</sup>. Había gastado en aquellos buques, sin botarlos al agua, más de ocho mil pesos de oro, y sin embargo, tan alentado estaba con aquella empresa, que prometía al rey, en una carta en 1524, que á mediados del siguiente año el estandarte del emperador, ondeando sobre nuevos buques, cruzaría por las aguas del Pacífico para plantarse en ricas y desconocidas regiones. «Tengo en

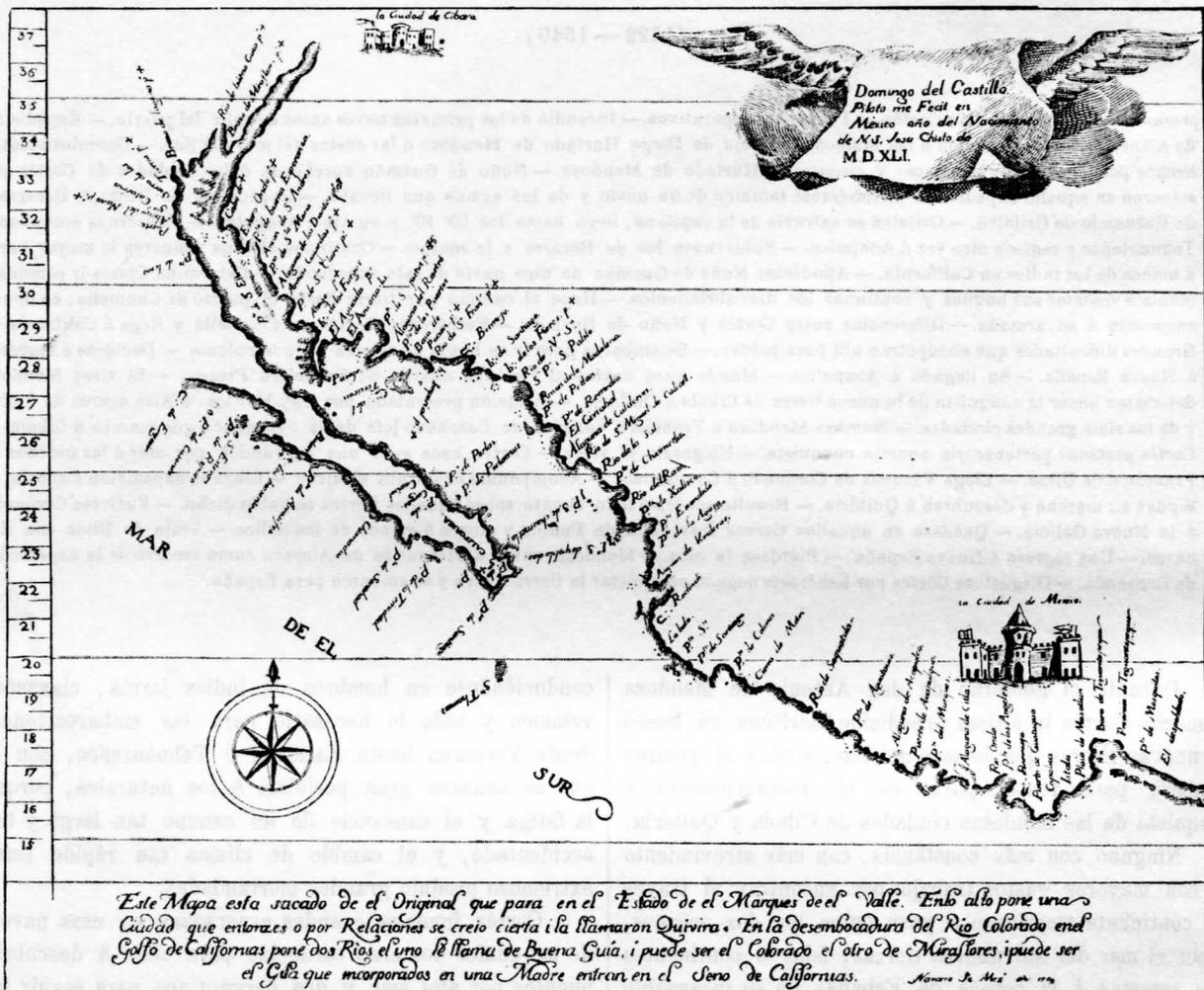
<sup>1</sup> NAVARRETE. — *Relación del viaje hecho por las goletas Sutil y Mexicana*, Introducción, página x.

«tanto estos navios, decía, que no lo podria significar; «porque tengo por muy cierto que con ellos, siendo Dios «nuestro Señor servido, tengo de ser causa que Vuestra «Cesarea Magestad sea en estas partes señor de más «reinos y señorios que los que hasta hoy en nuestra «nacion se tiene noticia..... pues creo que con hacer «yo esto no le quedará á vuestra Exelsitud más que «hacer para ser monarca del mundo <sup>1</sup>.»

En 1525 Carlos V escribió á Cortés encargándole que las nuevas naves que tenía ya preparadas en

Zacatula saliesen con dirección á las Molucas en busca de la nao *Trinidad*, que era una de las de Hernando de Magallanes y de las escuadras del comendador García Jofre de Loaiza y de Sebastián Caboto, procurando fijar al mismo tiempo la navegación entre la Nueva España y las islas Molucas.

Encargóse por Cortés el mando de la armada al capitán Álvaro de Saavedra Zerón, quien envió primero para explorar la costa un bergantín que partió de Zacatula el domingo 14 de julio de 1527, dándose



después á la vela toda la escuadrilla el mes de noviembre <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Cuarta carta de Relación.

<sup>2</sup> *Documentos inéditos de Indias*, tomo VI, página 113; tomo XIV, pág. 65.—OROZCO Y BERRA.—*Apuntes para la Historia de la Geografía en México*, pág. 9.

Esa escuadrilla constaba de tres naos, la primera, que era la capitana, llamábase la *Florida* y en ella iba Álvaro de Saavedra ó de Sayavedra con treinta y ocho hombres de desembarco y doce de mar. La segunda se llamaba *Santiago*, su capitán Luis de Cárdenas, llevando cuarenta y cinco hombres entre tripulación y desembarco. La tercera, el *Espiritu Santo*, su capitán Pedro Fuentes, con quince hombres de tripulación. Salieron el 1.º de noviembre de Zacatula.

En los primeros días comenzó á hacer agua la capitana hasta que llegó á la isla de Mindanao, en donde algo se compuso; siguieron

Aquella expedición descubrió algunas islas y llegó

adelante, y á pocos días, no pudiendo gobernar la capitana, perdióse en la noche sin haber vuelto á tener noticia de los otros dos navios. Durante mucho tiempo anduvo Álvaro de Saavedra por el archipiélago, encontrando en algunas islas españoles de la expedición del comendador Loaiza; en otras portugueses, con quienes tuvo algunas veces que batirse, y en otras gente indígena que también le recibió mal. Por fin murió en el navío dejando por capitán á Pedro Lazo y encargando á los que le acompañaban que procurasen volver á Nueva España ó á la isla de Tidore.

Siguió la nao su camino y llegaron á Tidore, de donde habían salido los españoles derrotados por los portugueses, éstos se apoderaron del navío y todos los tripulantes quedaron prisioneros.

Relación hecha por Vicencio de Nápoles del viaje que hizo la armada que Hernán Cortés envió en busca de las islas de la Especiería.—*Documentos inéditos de Indias*, tomo V, pág. 68.

á su destino, pero no regresó más á Nueva España. No se desalentó, sin embargo, Cortés por estos contratiempos, ni su marcha á España le hizo olvidar su empeño por la navegación en el mar del Sur. Muy al contrario: en Madrid, el 27 de octubre de 1529, celebró capitulación con la reina para descubrir, poblar y conquistar las islas en el mar del Sur, al sur y poniente de la Nueva España, lo mismo que las costas del continente en ese rumbo <sup>1</sup>.

A su vuelta de la metrópoli Cortés llevó para México gran número de artesanos, marineros y soldados para preparar y llevar á cabo las expediciones que meditaba, y emprendió la reparación de unos navíos y la construcción de otros, contándose entre éstos el *Concepción* y el *San Lázaro*. Además compró en noviembre de 1531 en el puerto de Acapulco dos navíos á Juan Rodríguez de Villafuerte, llamado el uno *San Miguel*, del que era capitán Juan de Mazuela y maestre Francisco de Acuña, y el otro, *San Marcos*, que fué elegido para capitana y en el que se embarcó Diego Hurtado de Mendoza, comandante de la expedición.

Con estos dos buques, construídos en Acapulco, salió de aquel puerto Hurtado de Mendoza el 30 de junio de 1532, llevando por objeto el descubrimiento de las islas del mar del Sur y el reconocimiento de la costa occidental de la Nueva España.

En este viaje descubriéronse unas islas, á que dieron el nombre de las Magdalenas y que hoy se conocen con el de las Marías. Corrieron la costa al norte hasta los 27° explorando, aunque no con mucho detenimiento, el litoral de los hoy Estados de Guerrero, Michoacán, Jalisco, Colima y parte de Sinaloa.

Lo recio de algunos temporales, la escasez de los víveres y el desaliento de los que acompañaban á Hurtado de Mendoza, que seguramente no eran del temple heroico de los soldados que llegaron con Hernán Cortés á la Nueva España, obligaron al jefe de la expedición á enviar en un buque á los que querían regresar, y á continuar él en el otro su viaje y sus descubrimientos.

Hurtado de Mendoza caminó con tal desgracia, que poco tiempo después de separarse naufragó, ahogándose él y los que le acompañaban.

El otro navío llegó á la embocadura del río de Culiacán tan falto de víveres, que para socorrerse saltaron á tierra veinte hombres de los más robustos y fuertes, que, no queriendo volver á embarcarse, emprendieron el camino por tierra, y después de un viaje de cuarenta días encontraron á Nuño de Guzmán, que por odio que profesaba á Cortés hizo aprehender y procesar á aquellos hombres.

<sup>1</sup> *Documentos inéditos de Indias*, tomo XXII, pág. 285.— Por dos reales cédulas fechas la primera en Madrid el 9 de mayo de 1530 y la segunda el 9 de junio del mismo año, quedaron nombrados Juan Galvarro y Juan de Símamo tesorero y contador de las tierras que descubriera el marqués del Valle en el mar del Sur.

Los otros veinte que habían quedado en el navío emprendieron la vuelta para Acapulco, sufriendo mucha hambre y grandes privaciones; á los veinticinco días de viaje sufrieron una tormenta que les hizo dar á través cerca del puerto que llamaban de Jalisco, después llamado de Matanchel, cerca del cabo de Santa Cruz.

Salváronse, sin embargo, llevando consigo algunas armas y alguna ropa; pero como tan débiles y enfermizos estaban, que no podían conducir carga alguna, dejaron aquella oculta en la costa y se internaron buscando pueblos de españoles.

Mucho tuvieron que sufrir por la hostilidad de algunos indios alzados que por allí se encontraron; pero al fin consiguieron reunirse con Nuño de Guzmán, que mandó recoger todo lo que había quedado en la playa, negándose después á devolver prenda ni arma alguna á su dueño <sup>1</sup>.

La noticia, aunque vaga de aquel desastre, llegó al marqués del Valle cuando podía disponer del *San Lázaro* y el *Concepción*, que habían sido construídos en el puerto de Santiago y que estaban listos para darse á la vela; sin pérdida de tiempo dispuso que saliera una expedición en auxilio de la anterior. Embarcóse en el *Concepción*, que era la capitana, Diego de Becerra, llevando por piloto á Fortún Jiménez, y en el *San Lázaro*, Hernando de Grijalva y por piloto Martín de Acosta.

El 30 de octubre de 1533 salieron los dos buques del puerto que llamaban de Santiago, conocido hoy por el de Manzanillo, y en la primera noche separáronse los dos para no volver á encontrarse nunca <sup>2</sup>.

Inútilmente el *San Lázaro* buscó y esperó á la capitana por tres días, creyendo que les había tomado

<sup>1</sup> NAVARRETE.—*Viaje de las goletas Sutil y Mexicana*, pág. 23.—OROZCO.—*Apuntes para la Historia de la Geografía*, pág. 9.

<sup>2</sup> *Documentos inéditos de Indias*, tomo XIV, pág. 128.

Para despachar esta expedición fué personalmente Cortés hasta el puerto, porque dice la relación inserta en los *Documentos inéditos del Archivo de Indias*, tomo y página ya citadas: «en veinticuatro del mes de Octubre, día viernes, año de mil e quinientos e treinta y tres, entró el muy ilustre señor Marqués del Valle, cuyas son las dichas naos que Dios salve e guarde e buen viaje hagan; »en este dicho día les registró e dejó la jente embarcada.»

Estos continuos viajes de Cortés á las costas del Pacífico ya por Colima, ya por Acapulco, ya por Tehuantepec, prueban la energía del carácter de aquel hombre, y que, á pesar de que dice Bernal Díaz que va en la expedición á las Hibueras daba muestras de estar débil y enfermizo, gozaba de una constitución sana y robusta.

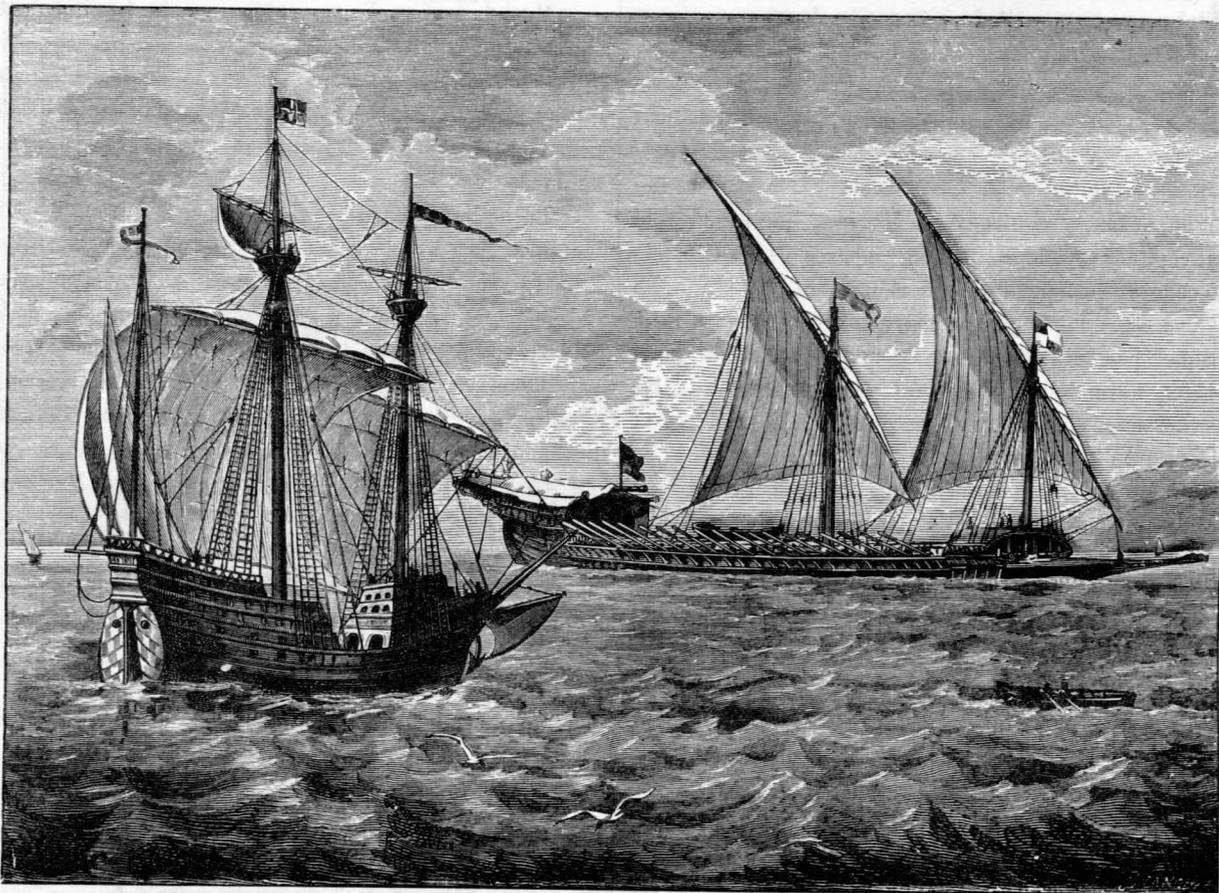
Los caminos en esas costas del Pacífico son penosos y accidentados; el clima malsano y extremada la temperatura. Durante las últimas horas de la mañana y en las primeras de la tarde el calor es insuportable. El sol en un cielo limpio y sereno lanza sobre la tierra torrentes de luz y de fuego, que hacen desmayar á los hombres, á los animales y á las plantas. Ni el más leve soplo de viento agita durante esas horas aquella atmósfera inmóvil y sofocante; languidecen y se inclinan las hojas de los árboles, las aves se esconden tristes y silenciosas en la selva; los gigantes lagartos permanecen como altagados en las orillas de los esteros ó de los ríos; los jaguares mismos no se atreven á salir de sus cuevas y más que en la mitad de la noche reina la más profunda calma y un silencio casi pavoroso que sólo interrumpen el rumor bajo de los insectos que cantan entre la maleza, el ruido lejano de los torrentes en la montaña y los majestuosos y acompasados tumbos de la mar.

mucha ventaja, y por no perder la derrota Grijalva continuó su viaje rumbo al norte para cumplir con su comisión.

El 20 de diciembre descubrió una isla en la que no pudo tomar tierra hasta el día 25 por ir la nave maltratada y haber perdido el palo mayor. Grijalva llamó aquella isla de Santo Tomás (dicha después el Socorro), tomó posesión de ella en nombre del rey de España y continuó su viaje descubriendo un grupo de isletas á las que llamó Los Inocentes y se nombran de San Benedicto.

Recorrió por la costa del continente hasta llegar á los 20° 20' y dió la vuelta reconociendo toda aquella costa hasta llegar á Acapulco en 1533, y de allí salió fijando la costa de Tehuantepec hasta los 12° de latitud.

La capitana, extraviada, había sido teatro de un crimen; Fortún Jiménez, el piloto, de acuerdo con la tripulación, asesinó al comandante Diego de Becerra mientras dormía, hirió á otros que se mostraron amigos del comandante, y alzándose con la embarcación arribó á una playa, al pié de la sierra del Motín, correspondiente al Estado de Michoacán; dejó allí á los heridos



Embarcaciones de la época de la Conquista

y á los frailes franciscanos que iban en la nave, y siguió el viaje con dirección al norte; penetró en el golfo que ahora se llama de Cortés y tocó el primero la península de California en el puerto de Santa Cruz, que hoy se llama de la Paz. Los indios les atacaron inmediatamente, muriendo en el combate Fortún Jiménez con otros veintidos hombres.

La tripulación, ya sin jefes, se dió á la vela llevando algunas muestras de conchas y perlas que habían recogido allí, y navegando sin inteligencia arribaron á las costas de Jalisco en donde Nuño de Guzmán se apoderó también de ese buque y de cuanto llevaba.

La conducta de Nuño de Guzmán indignó de tal

manera á Cortés que resolvió ir personalmente á rescatar sus buques, su armamento y sus gentes y á proseguir los descubrimientos en que con tanta desgracia habían caminado las anteriores expediciones.

Tres navíos había hecho construir en Tehuantepec el marqués del Valle: el *Santa Águeda*, el *San Lázaro* y el *Santo Tomás*. Ordenó que esos tres navíos se encaminaran á encontrarle en Chametla, y él, con numerosas fuerzas y lucido acompañamiento, se dirigió por tierra á aquel lugar.

La noticia de los aprestos de Cortés para ir en busca del navío y de los efectos que Nuño de Guzmán se había tomado, y la sospecha de que fuese también en busca de una venganza, causaron gran alarma á la

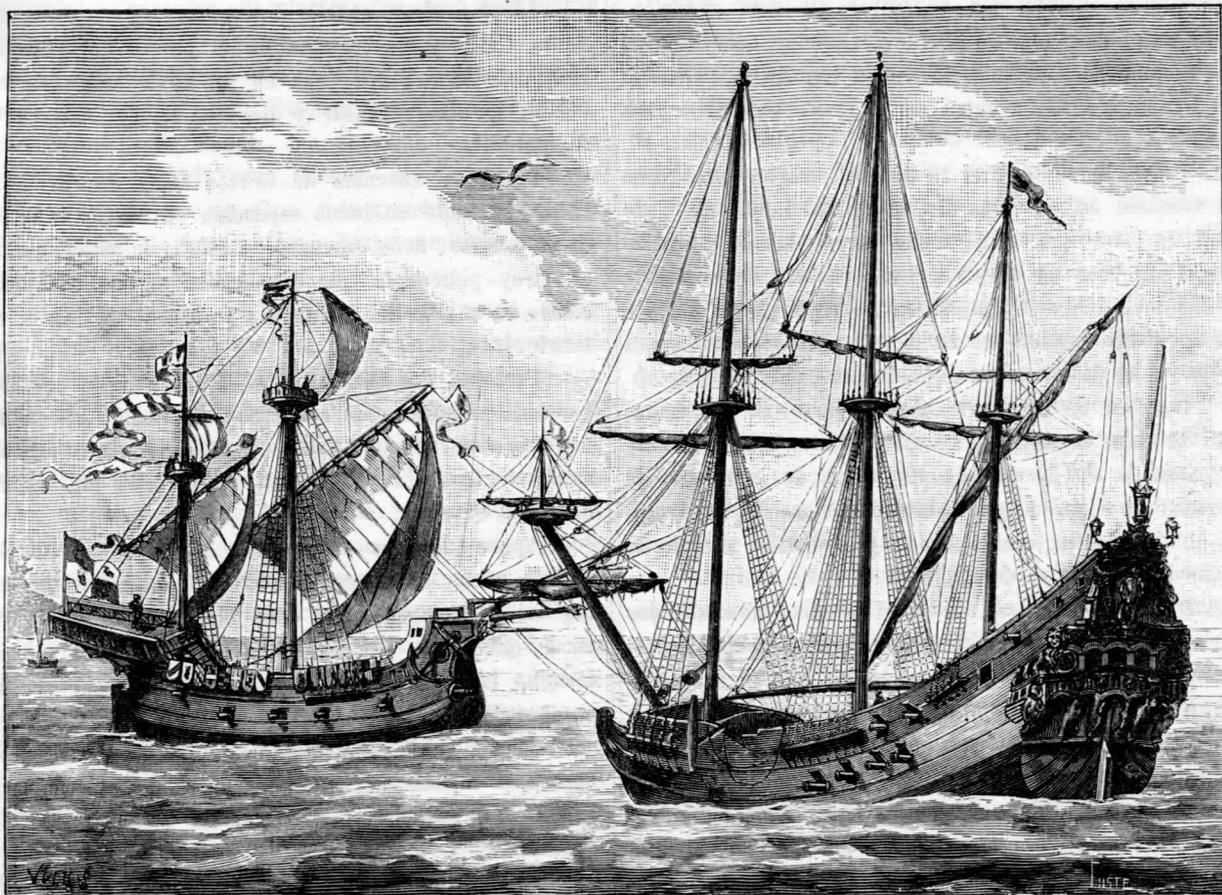
Audiencia de México, que temió un conflicto entre los españoles que iban con el marqués del Valle á las costas de la Nueva Galicia y los que por allí esperaban con Nuño de Guzmán.

Para evitar aquella lucha y los consiguientes escándalos escribió la Audiencia una provisión, en nombre del rey, ordenando á Nuño de Guzmán la devolución del navío y de todo lo demás que de la pertenencia de Cortés hubiera tomado, previniéndole estrechamente que no intentase conquistas ni descubrimientos fuera de la Nueva Galicia, en las islas y costas que en las expedi-

ciones de Cortés se habían descubierto, y al marqués del Valle prevínosele también que no fuese á la pacificación y conquista de aquellas islas descubiertas ya por sus enviados, porque teniendo el gobernador de la Nueva Galicia algunas tropas suyas en esos lugares, era muy fácil que se originase de todo esto por allí una guerra entre los mismos españoles.

Tenía la provisión relativa á Nuño de Guzmán la fecha de 19 de agosto de 1534 y la prevención de Cortés la de 2 de setiembre del mismo año.

Estaba en ese tiempo el marqués del Valle en el



Embarcaciones de la época de la Conquista

pueblo de Toluca, de la provincia de Matlalcingo, y allí el escribano Jerónimo López le hizo la notificación de lo acordado por la Audiencia el 4 de setiembre de 1534.

Cortés contestó, como era de esperarse, que obedecía aquella provisión, pero que no la cumplía porque teniendo capitulación para descubrir, poblar y conquistar las islas y costas en la mar del Sur, y siendo capitán general de lo que en virtud de esa capitulación se descubriese y conquistase todo, conforme á reales provisiones, no se le podía impedir que continuase en aquellas empresas que eran en servicio del rey, y por el contrario, pedía que se le ayudase y favoreciese en ella, agregando que estaba dispuesto á exigir la responsabilidad de más de cien mil castellanos de oro que aquellos

aprestos le habían costado, en el caso de que por los obstáculos que se le presentaban se desbandase la gente ó en alguna manera se desgraciase la expedición, y terminó apelando para ante el rey de las disposiciones de la Audiencia.

Igual éxito produjo la notificación que Gonzalo Ruiz, regidor de la ciudad de México, y Luis de Soto, el escribano, fueron á hacer á Nuño de Guzmán á la Nueva Galicia.

El gobernador negóse á la devolución del navío y armas, alegando haberlos encontrado como cosas perdidas en país enemigo y ser aquellas costas de la gobernación de la Nueva Galicia <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Documentos inéditos de Indias*, t. XII, pág. 417 y siguientes.

El marqués del Valle salió de Toluca para esa expedición sin atender á las provisiones de la Audiencia, y tomó el camino para Michoacán atravesando por los pueblos de Tuxpan y Tajimaroa, cruzando por el sur de lo que hoy es Estado de Michoacán, hasta salir á la provincia de Colima, seguramente por Coalcomán. Después siguió las costas del hoy Estado de Jalisco hasta ir á encontrar á sus navíos en el puerto de Chametla, en Sinaloa.

Nuño de Guzmán le envió á notificar que no penetrase con gente armada en su gobernación; pero Cortés hizo poco aprecio de esa notificación y continuó tranquilamente su marcha sin encontrar ya más oposición, porque el gobernador de la Nueva Galicia, como dijo en sus cartas á la Audiencia de Nueva España y al Consejo de Indias, no se encontró con fuerzas bastantes para resistir.

Cortés se embarcó el 18 de abril, según dice Nuño de Guzmán en su carta al Consejo de Indias de 7 de junio de 1535 <sup>1</sup>, ó el 15, según dicen algunos historiadores. Llevóse en el primer viaje ciento trece peones y cuarenta jinetes, dejando en la costa otros sesenta de á caballo que aun el 25 de mayo estaban en espera de la vuelta de los buques que debían conducirlos <sup>2</sup>.

Después de descubrir alguna parte de la costa, el 3 de mayo desembarcó Cortés en Santa Cruz ó la Paz, encontrando allí la plena confirmación de la muerte de Fortún Jiménez, á quien tanto él como la Audiencia de México habían creído alzado y sirviendo al lado de Nuño de Guzmán y protegido por él <sup>3</sup>.

Determinó fundar allí una colonia, y envió dos navíos de regreso para recoger la gente quedándose él con el más pequeño.

Las tormentas impidieron á esos navíos llegar con oportunidad, y la gente que esperaba, cansada y disgustada de aquella tardanza, se encaminó por la costa hasta la desembocadura del río de San Miguel. Los que iban en esos navíos, calculando la necesidad de víveres que padecerían Cortés y los suyos hicieron carga de ellos y procuraron navegar para Santa Cruz. Volvieron á desatarse los temporales; una de aquellas embarcaciones se perdió en las costas de Jalisco salvándose la gente que regresó á México por tierra; y la otra, que era la más pequeña, alijándose de la carga, pudo regresar á la Paz, llevando cincuenta fanegas de maíz.

Entre tanto Cortés había procurado proveer á su gente, saliendo en el navío que le había quedado, no sólo en busca de víveres sino de otro sitio á propósito para fundar la colonia; pero todo era inútil, las necesidades aumentaban, mezquino socorro fueron las cincuenta fanegas llevadas por el navío que volvía del continente y como única esperanza de salvación, y

por ruegos y súplicas de su gente, embarcóse Cortés para Nueva España con objeto de mandar víveres para los colonos.

Acompañado de setenta hombres atravesó el Golfo, que desde entonces se llamó de Cortés, logró, á pesar de las tormentas, regresar con víveres que aliviaron la suerte de los que habían quedado en Santa Cruz; pero mirando que no recibía auxilio de Nueva España, y que aquella situación era insostenible, determinó, dejando allí alguna gente al mando de Francisco de Ulloa, volverse para Acapulco y preparar allí otra armada para proseguir sus descubrimientos <sup>1</sup>.

Llevó á efecto aquella determinación: embarcóse en Santa Cruz, y encontrando en el puerto de Jalisco á Hernando de Grijalva, que en un navío andaba en su busca, le hizo regresar y llegaron ambos felizmente á Acapulco <sup>2</sup>.

Como la ausencia de Cortés había durado tanto tiempo y tanto se había esparcido en México el rumor de su muerte, doña Juana de Zúñiga, su mujer, acudió al virey pidiéndole que despachase algunas embarcaciones en auxilio del marqués y para tener noticia de su suerte.

Prestóse don Antonio de Mendoza á tal solicitud haciendo preparar para esa expedición dos navíos que no llegaron á encontrar á Cortés, aunque Clavigero diga en su *Historia de la California* que en ellos salió Cortés de Santa Cruz.

Apenas llegaba el marqués á Cuernavaca cuando recibió carta del virey Mendoza, felicitándole por su regreso y acompañándole otra de Francisco de Pizarro en la que pedía á Cortés auxilio para llevar á buen término las operaciones militares que tenía emprendidas en el sitio de Lima.

Cortés envió inmediatamente para el Perú dos barcos al mando de Hernando de Grijalva, con buen número de hombres, bastimentos y pertrechos de guerra.

Mendoza dispuso que los navíos que iban á salir en busca de Cortés fuesen á California á recoger la gente que había quedado allí. Regresó la gente; pero perdió Cortés gran cantidad de víveres, que quedaron abandonados en California, y doce caballos que no pudieron transportarse.

Como poderoso estímulo á los nuevos proyectos de conquista, y confirmando las ya exajeradas relaciones que de Cíbola y Quibiria habían hecho Cabeza de Vaca y sus compañeros, llegó á México fray Marcos de Niza con la historia de su viaje y sus descubrimientos.

<sup>1</sup> Refiriendo este viaje, dice Navarrete: «Otra desgracia ocurrió de mayor consideración que fué la muerte del piloto Antón Cordeiro, que durmiendo al pié del palo de mesana faltó la ostega y cayó la entena, que lo mató del golpe. Por esta falta tuvo Cortés que dirigir la derrota.»—*Viaje de las goletas Sutil y Mexicana*, Introducción, pág. xx.

NAVARRETE.—*Viaje de las goletas Sutil y Mexicana*, Introducción, pág. xx.

<sup>1</sup> *Documentos inéditos de Indias*, tomo XIII, pág. 414.

<sup>2</sup> Carta citada de Nuño de Guzmán.

<sup>3</sup> *Documentos inéditos de Indias*, tomo XII, pág. 431.

Fray Marcos había recibido por conducto de Francisco Vázquez de Coronado las instrucciones del virey Mendoza, en Tonalá, el 20 de noviembre de 1538; emprendió su viaje hasta Culiacán, y de allí partió el 7 de marzo de 1539 llevando en su compañía al padre fray Honorato, á Esteban ó Estebanico, el negro que había comprado el virey á Dorantes, y algunos indios esclavos que el virey había también comprado y dado por libres para que acompañaran á fray Marcos en aquella expedición <sup>1</sup>.

Emprendieron el camino y llegando al río de Petatlán enfermó fray Honorato en tal disposición que tuvo necesidad de quedarse allí mientras los otros continuaron su marcha.

Cuenta fray Marcos que mandó por delante, explorando la tierra, al negro Estebanico con algunos indios, dándole una cruz blanca, con encargo de que, si las noticias que adquiría eran buenas, le enviase con un indio un pedazo de esa cruz, más grande en proporción de la bondad de esas noticias hasta remitirle en caso satisfactorio toda la cruz.

Caminaron así varios días, unas veces entre rancherías pobres y otras por despoblado, hasta que el negro envió, no un trozo de la cruz que llevaba ni aun toda ella sino una tan grande, que era más alta que la estatura de un hombre, indicando con esto noticias verdaderamente halagüeñas. Traían, además, los mensajeros recado para fray Marcos de parte de Esteban, rogándole partiese en seguida con ellos porque había encontrado gente, «que daba razon de la mayor cosa del mundo» y uno de ellos venía con los mensajeros. Contó este hombre tantas grandezas de la tierra, que á pesar de su candorosa credulidad dice fray Marcos: «dejé de creellas para despues de habellas visto ó de tener mas certificacion de la cosa.» Agregaba que, desde donde había dejado á Esteban hasta Cibola, había treinta jornadas, que era una provincia en que había siete ciudades muy grandes, con casas de piedra, suntuosas, las más pequeñas de un solo piso, las otras de dos y tres, y la del señor que mandaba aquellas siete ciudades teniendo hasta cuatro; que las fachadas de las casas principales estaban cubiertas de turquesas, y que las gentes andaban muy bien vestidas; pero que más adelante había otras provincias de las que refirió mayores grandezas que de las siete ciudades de Cibola.

Fray Marcos continuó la marcha y dice que por allí llegaron algunos mensajeros de la costa, refiriendo que en aquel mar y cerca del continente había como treinta y cuatro islas muy juntas unas con otras.

Volvieron á venir otros mensajeros de Esteban, trayendo otra gran cruz á fray Marcos para que apre-

surase su marcha, con noticia de que el negro estaba muy cerca de Cibola, que se confirmaban las relaciones de la grandeza de las siete ciudades, y que más adelante había otros reinos muy ricos y muy poblados que se llamaban Marata, Acus y Totontecac. Con los mensajeros llegaron algunos indios que refirieron á fray Marcos que eran servidores de un señor de Cibola, y que iban en busca de turquesas y de cueros de vaca; éstos agregaron algunas descripciones de los trajes de los habitantes de Cibola, diciendo entre otras cosas que usaban llevar cinturones de turquesas con una, dos y hasta tres vueltas.

Así continuó la marcha atravesando, según dice, por algunos pueblos en donde fué muy bien recibido y vió abundancia de turquesas y de cueros de vaca perfectamente adobados.

Aguijábale ya el deseo de llegar á la ciudad, por las maravillas que todos aquellos habitantes de ella le referían, cuando un día vió llegar sudoroso y jadeante á uno de los indios que iban en compañía de Esteban, y el cual le refirió que antes de entrar á la ciudad el negro había enviado al señor de ella el calabazo en que bebía con unos cascabeles que era la señal de que venía de paz y de que podía entrar en la ciudad; que el señor de Cibola había recibido mal á los mensajeros de Esteban diciéndoles que se fuesen; pero que, á pesar de eso, el negro se empeñó en entrar, y la gente de la ciudad le había matado á él y á algunos de los que le acompañaban.

Afigióse extraordinariamente fray Marcos con aquella nueva, pero continuó, sin embargo, su camino hasta llegar á la vista de Cibola: «la cual, dice, está asentada en un llano, á la falda de un cerro redondo. Tiene muy hermoso parecer de pueblo, el mejor que en estas partes yo he visto; son las casas por la manera que los indios me dixeron, todas de piedra con sus sobrados y azuteas, á lo que me pareció desde un cerro que me puse á vella. La poblacion es mayor que la cibdad de México, algunas veces fuí tentado de irme á ella, porque sabia que no aventuraba sino la vida, y esta ofrecí á Dios el dia que comencé la jornada; al cabo temí, considerando mi peligro y que si yo moria, no se podría haber razon desta tierra, que á mi ver es la mayor y mejor de todas las descubiertas.»

El temor de los que acompañaban á fray Marcos y sus repetidas instancias le decidieron por fin á regresar á Culiacán, y no encontrando allí á Coronado, siguió su camino hasta México, en donde entregó personalmente su relación, puesta por escrito, al virey el 2 de setiembre de 1539, en presencia del oidor Francisco Ceynos, de Francisco Vázquez de Coronado, y ante los escribanos Juan Baeza de Herrera, de la real Audiencia, y de Antonio Tursios, escribano real <sup>1</sup>.

La solemnidad conque se legalizó esta relación;

<sup>1</sup> Relación del descubrimiento de las siete ciudades por el padre fray Marcos de Niza. — *Documentos inéditos de Indias*, tomo III, pág. 325 y siguientes.

<sup>1</sup> *Documentos inéditos de Indias*, tomo III, pág. 350.

el crédito y consideraciones que merecía fray Marcos de Niza, vice-comisario en las Indias de la orden de San Francisco, y las seguridades que dió de ser verdad cuanto aquella relación contenía, decidieron al virey Mendoza á emprender con toda actividad aquellas conquistas.

Algunos historiadores dicen que Mendoza quiso ir en persona mandando la expedición; pero le disuadieron hombres de respeto poniéndole de manifiesto cuantas perturbaciones y peligros podía ocasionar su ausencia de México y á tan larga distancia.

Por esto, ó porque nunca en tal cosa pensó el virey, nombró para jefe de aquella expedición á Francisco Vázquez de Coronado, quien ya desde antes era por el mismo virey gobernador de la Nueva Galicia.

No quedó el marqués del Valle libre del contagioso empeño de tomar parte en aquella conquista; su carácter como capitán general de la Nueva España y las capitulaciones que tenía celebradas con el rey para descubrir, conquistar y poblar las islas y costas del mar del Sur y mandar en ellas como gobernador y capitán general, le parecían suficientes títulos para abocarse en aquella empresa y tratarla como suya.

Opúsose á sus miras el virey, que más poderoso, consiguió excluir de la expedición á Cortés; y éste por no quedar sin parte en aquel descubrimiento, hizo salir de Acapulco una expedición marítima á las órdenes de Francisco de Ulloa, compuesta de tres navíos, el *Santa Águeda*, el *Santo Tomás* y el *Trinidad*.

Francisco Vázquez de Coronado reunió todo su ejército para emprender la marcha en la ciudad de Compostela; pero allí hizo alarde de sus tropas y mandó levantar una información de la gente que le acompañaba, porque comenzaron á quejarse los españoles de que por causa de aquella expedición se había despoblado la ciudad de México, de españoles, por haber salido muchos acompañando á Francisco Vázquez de Coronado. Los testigos declararon que de la ciudad de México iban muy pocos vecinos, y la información se envió al emperador.

Nombró Coronado maestro de campo á López de Samaniego; alférez mayor á Pedro de Tovar, y capitanes á Diego de Guevara, Rodrigo Maldonado, Juan de Zaldivar, Diego López de Cárdenas, Pablo de Melgosa, Melchor Díaz y Diego de Barrionuevo.

Francisco Vázquez de Coronado salió de Compostela para Culiacán en los primeros días de marzo de 1540 <sup>1</sup>.

Parece indudable que el virey don Antonio de Mendoza acompañó á Coronado hasta Compostela,

<sup>1</sup> Mota Padilla dice que la salida de Coronado fué el 1.º de febrero; pero este dato es inexacto como casi todos los de ese autor, porque el 27 de febrero estaba Coronado en Compostela, según consta de la información mencionada en el texto sobre la gente que iba á la conquista.

porque en la información de la gente que iba á la conquista de las tierras descubiertas por fray Marcos de Niza se lee: «En la cibdad de Compostela de la Nueva Galicia desta Nueva España, veinte y un dias del mes de Hebrero de mil y quinientos y cuarenta años del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo; ante el muy ilustre Señor Don Antonio de Mendoza, Visorey y gobernador de Su Magestad, en esta Nueva España e Presidente de la Audiencia y chancilleria Real que reside en la ciudad de México, etc. En presencia de mi, Juan de Leon, escribano de cámara de Sus Magestades, y de la dicha Real Audiencia, Francisco Vazquez de Coronado, gobernaçor y capitan general desta provincia, e capitan general de la tierra nuevamente descubierta por el padre provincial frai Márcos de Niza, espresando ante Su Señoría una petición, el tenor de la cual es este que sigue:—Ilustrísimo señor &ª. (*sigue aquí la petición de Coronado.*)—E leida la dicha petición, Su Señoría Ilustrísima dijo: que el Señor Licenciado Maldonado, oidor &ª (*Siguen aquí las disposiciones para levantar la información que se comenzó el 27 de febrero.*)

Terminan las diligencias con esta razón puesta por el escribano:

«E así tomados e recibidos los dichos e despusiciones de los dichos testigos, e vistos por su Señoría Ilustrísima, dijo: que mandaba e mandó saque del dicho original que queda en mi poder, un traslado autorizado, que esté en pública forma para lo umbiar ante Su Magestad, ante los señores de Consejo, para que provea e mande lo que sea servido. Por mandado de su Señoría saqué la dicha información del dicho original, hoy viernes veinte e siete de Hebrero año del Señor de mil e quinientos cuarenta años.»

Aparece también de este curioso documento que acompañaban á Mendoza el oidor Maldonado y Gonzalo de Salazar, otra vez en calidad de factor; y Peralmíndez Chirino como veedor, habiendo vuelto ambos á sus antiguos empleos en Nueva España, circunstancia de que no hace mención ningún historiador <sup>1</sup>.

Con la expedición de Francisco Vázquez de Coronado, salieron los religiosos fray Marcos de Niza, fray Juan de Padilla, fray Juan de la Cruz y fray Luis Úbeda.

Bien pobres y tristes fueron los resultados del viaje á Cibola y Quibiria. Desvaneciéronse las grandes ilusiones que habían hecho nacer las fabulosas leyendas referidas por Cabeza de Vaca y sus compañeros y por el candoroso fray Marcos de Niza.

Salió el campo español de Culiacán, que era como el límite de la Nueva Galicia; ya desde allí Vázquez de

<sup>1</sup> Alamán dice en sus *Disertaciones*, tomo I (Adiciones y rectificaciones al Apéndice I), que Gonzalo de Salazar salió de Sanlúcar de Barrameda en 1538 con el adelantado Hernando de Soto; que se sublevó contra él, y que fué condenado á la horca é indultado, acabando su vida en la oscuridad.

Coronado había tenido noticia de la escasez de víveres y de la pobreza de la tierra, porque esos informes tuvo de Melchor Díaz á quien había adelantado con algunos jinetes á explorar el terreno.

A pesar de lo que dicen contra Coronado algunas de las relaciones de los que con él fueron en aquella conquista, es indudable que sin su habilidad y prudencia, pocos habrían vuelto de tan triste expedición. Él dividió acertadamente las fuerzas de manera que ni pudieran ser batidas por los naturales de la tierra, ni los estragos del hambre y de la sed se hicieran sentir por la aglomeración de la gente.

Desde que comenzó á entrar en lo que se llamaba la tierra nueva, continuamente iba él con un reducido grupo á la vanguardia de la fuerza, cuyo mando confiaba á don Tristán de Arellano, y desprendía por los flancos partidas exploradoras á las órdenes de Melchor Díaz, de Pedro Tovar y de algunos otros capitanes.

Así llegaron á Cibola y así también Vázquez de Coronado logró penetrar hasta la fabulosa ciudad de Quibiria.

Cibola tenía algunas casas de paredes y entre ellas varias con dos y tres pisos; pero no se encontró ni la grandeza, ni la abundancia, ni la muchedumbre de pobladores de que tanto se había hecho alarde en todas las relaciones.

Todavía después de Cibola encontró Coronado un indio, á quien los españoles llamaron el *turco*, que refería grandes maravillas de Quibiria, asegurando que era tan rica esa provincia, que el señor de ella dormía la siesta debajo un árbol majestuoso, de cuyas ramas pendían campanillas de oro, que el viento agitaba haciéndolas sonar armoniosamente; que había un río de dos leguas de anchura, cruzado constantemente por grandes canoas que podían contener veinte remeros por banda, y que los nobles de la tierra paseaban en aquellas canoas, sombreados por soberbios doseles, y llevando como distintivo una grande águila de oro en la proa; y por fin, que los vasos y vajillas más comunes eran de oro y de plata cincelados: y todavía después de los desengaños que los españoles habían tenido hasta Cibola, Coronado y los suyos creyeron al *turco* y continuaron en busca de Quibiria; pero el resultado fué más triste aún.

Inmensas llanuras que Coronado describe tan sencilla como claramente en su carta al rey diciendo: «unos llanos tan sin seña como si estuviéramos engolfados en la mar, porque en todos ellos no hay ni una piedra ni cuesta ni árbol ni mata ni cosa que se le parezca.» Algunas tribus nómadas pobres y poco numerosas, y una cantidad tan grande de esos toros y vacas que en Nueva España se llamaron cibolos, y que ha sido necesaria la encarnizada guerra que por más de trescientos años les han hecho los hombres para que

llegaran á desaparecer<sup>1</sup>; eso fué lo que encontraron en el camino Coronado y los que le seguían. Quibiria era un aduar de salvajes que vivían en chozas de paja y que cubrían su desnudez con cueros de cibolo.

A esto se había reducido aquella tierra de promisión, revestida por la imaginación de sus descubridores con las fantásticas galas de los más poderosos imperios del Oriente en los tiempos antiguos.

Coronado hizo explorar todos los alrededores de Quibiria y nada encontró que pudiera halagar la ambición y la codicia del monarca español ni la de los conquistadores. Llanuras inmensas con pobre vegetación; tribus de gentes que tenían por alimento la carne cruda de los cibolos, escasez de agua y extremoso clima; todo esto más convidaba á ser abandonado que á conservar aquella conquista.

Lleno de desengaños Coronado, volvió á Cibola, y desde allí escribió al rey una carta que termina con estas notables apreciaciones: «desde que volví á la provincia de Cibola, á donde el Visorey de la Nueva España me envió en nombre de V. M., visto que no había ninguna cosa de la que fray Marcos dijo, he procurado descubrir esta tierra, ducientas leguas y más á la redonda de Cibola, y lo mejor que he hallado es este río de Tigüex en que estoy y las poblaciones dél, que no son para poderlas poblar, porque demas destar cuatrocientas leguas de la mar del Norte, y de la del Sur mas de doscientas, donde no puede haber ninguna manera de trato, la tierra es tan fria, como á V. M. tengo escrito, que parece imposible poderse pasar el invierno en ella, porque no hay leña ni ropa con que se puedan abrigar los hombres, sino cueros de que se visten los naturales, y algunas mantas de algodón, en poca cantidad.»

En el camino de Cibola, en un pueblo al que Cabeza de Vaca y sus compañeros habían llamado *Corazones*, porque los naturales les ofrecían, como muestra de grande aprecio, por alimento los corazones de los animales que mataban, dejó Coronado asentada al pasar una villa de españoles, pero á su vuelta encontró que la villa estaba despoblada, porque unos vecinos se habían marchado á México y otros habían procurado incorporarse con las tropas de la expedición.

En Tigüex, moviendo un caballo, cayó Coronado y lastimóse de un brazo y de la cabeza; esto le dió motivo para abandonar aquellas tierras y regresar á

<sup>1</sup> Todavía por el año de 1840 era tal la abundancia de pieles de cibolos en la República Mexicana, que puede decirse que desde Puebla hasta la frontera del Norte apenas habría una casa medianamente acomodada en que no se encontraran cuando menos dos de esas pieles; para caminar se llevaban siempre, ya usándose para cubrir con ellas los equipajes ó ya para servir de colchón en las posadas y parajes que prestaban poca comodidad. Hoy es muy difícil encontrar una de esas pieles.

En las fiestas reales que el conde de San Mateo Valparaíso hizo en México con motivo de la jura del rey Luis I de España, se lidió entre los toros un cibolo.

Nueva España, á pesar de la oposición de algunos de sus capitanes <sup>1</sup>.

La geografía del continente fué la que ganó con aquella expedición, descubriéndose por ella gran parte de lo que después se llamó el Nuevo México y que por entonces abandonaron las tropas españolas.

Pero allí en donde los conquistadores no encontraron nada que cautivara su atención ó que encendiera en ellos el deseo de poblar, algunos religiosos de San Francisco de los que acompañaban á Coronado descubrieron un digno teatro para el ejercicio de su noble propaganda de cristianismo y civilización. Allí, en donde el estruendo de las armas y los gritos del combate no podían turbar sus pláticas evangélicas, ni las crueldades de los vencedores amedrentar el ánimo de los catecúmenos, y en donde el misionero sin amparo de las tropas españolas exponía su vida cada momento pudiendo alcanzar el martirio como premio á su abnegación, fray Juan de Padilla encontró el lugar y la situación que anhelaban siempre aquellos ejemplares varones de las órdenes religiosas que vinieron á Nueva España en los primeros tiempos de la Conquista para ejercer su ministerio y propagar su fe.

Fray Juan de Padilla, que ya desde México llevaba á prevención la licencia de su provincial para permanecer por aquellas tierras, cualquiera que fuese el éxito de la expedición, determinó volverse á Quibiria diciendo que con un escoplo y una azuela para hacer cruces estaba dispuesto á procurar la conversión de aquellos pueblos.

Quedáronse en su compañía fray Luis de Escalona, lego; dos esclavos tarascos de Juan de Jaramillo, muy joven el uno, llamado Cristóbal, y hombre formado el otro y llamado Sebastián; un negro de Melchor Pérez y algunos indios de los que habían servido de guías, aunque todos éstos le acompañaron más por orden de sus amos que por voluntad; además, iba con él un portugués llamado Andrés del Campo y dos donados indios de Michoacán.

Internóse fray Juan de Padilla predicando y siendo bien recibido al principio, pero á poco fué muerto á flechazos; los que le acompañaban dieron la vuelta huyendo, y dice Juan de Jaramillo, que llegaron á la Nueva España por el Pánuco, lo cual prueba que

<sup>1</sup> Todos los datos de esa expedición están tomados de los siguientes documentos y autoridades:

Relación que dió el capitán Juan Jaramillo de la jornada que hizo á la tierra nueva, de la que fué general Francisco Vázquez de Coronado. — *Documentos inéditos de Indias*, tomo XIV, pág. 304.

Relación del suceso de la jornada que Francisco Vázquez hizo en el descubrimiento de Cibola — *Documentos inéditos de Indias*, tomo XIV, pág. 318.

Carta á Su Majestad de Francisco Vázquez de Coronado en que hace relación del descubrimiento de la provincia de Tigüex (20 de octubre de 1541). — *Documentos inéditos de Indias*, tomo XIII, página 261.

Orozco. — *Apuntes para la Historia de la Geografía en México*, pág. 134.

atravesaron por el Estado de Texas para salir á Tamaulipas.

Mendieta, en su *Historia eclesiástica indiana*, dice que fray Juan de la Cruz quedó en Tigüex y no se volvió á saber de él; en cuanto á fray Marcos de Niza parece que regresó á México tan pronto como los soldados comenzaron á comprender que era falsa la relación que había dado al virey, y á resultas de aquellas jornadas contrajo una enfermedad de que quedó tullido hasta su muerte, que ocurrió en el convento de México.

Las dos expediciones que habían salido por mar en auxilio ó para descubrimientos en la tierra nueva de Cibola y Quibiria, no tuvieron, como era natural, ni noticia de lo que pasaba con la expedición de Coronado.

La que envió Cortés en 1539 compuesta del *Santa Águeda*, el *Santo Tomás* y el *Trinidad* tuvo mal éxito. A poco andar, á resultas de un temporal el *Santa Águeda* rindió el palo mayor y entró en el puerto de Manzanillo para reparar la avería; veintisiete días perdió allí, y al salir volvió á sufrir otra borrasca hasta ampararse en el puerto de Culiacán; la nao *Santo Tomás* perdióse á poco tiempo sin que hubiera vuelto á saberse de ella.

Navegaron las otras dos durante mucho tiempo; pero la *Santa Águeda* estaba muy quebrantada, y además alguna gente quería volverse; Francisco de Ulloa determinó que los que pretendían regresar lo hiciesen en la nao *Santa Águeda*, y él con el resto continuaría la ruta en la nao *Trinidad*.

La *Santa Águeda* arribó felizmente á Nueva España. De la *Victoria*, de Ulloa y de sus compañeros jamás volvió á tenerse noticia.

En 9 de mayo de 1540 salieron de Acapulco el *San Pedro* y el *Santa Catalina* á las órdenes de Hernando de Alarcón, con el piloto Domingo del Castillo, enviados por don Antonio de Mendoza para socorrer por mar á Coronado.

Esta expedición adelantó en algo los descubrimientos de Cortés, y el piloto Domingo del Castillo levantó á su vuelta la carta geográfica más antigua que se conoce referente á las costas occidentales de México.

El profundo disgusto que causó á Hernán Cortés ver desconocida su autoridad como capitán general, en lo relativo á la conquista de Cibola y Quibiria; las molestias de un proceso que sobre esto se siguió en la Audiencia; el desaliento que debió causarle el desgraciado fin de la expedición de Ulloa; el cansancio de los inútiles y multiplicados esfuerzos que había hecho para conseguir el pago de lo gastado por él en las diferentes expediciones á la mar del Sur, y el término del expediente sobre el recuento de sus veintitres mil vasallos, y sobre todo el despecho natural en quien tan grandes servicios había prestado y con tan poca consideración era visto por los nuevos gobernantes de la colonia, le

